

MI PERRO PEGASO

Gustan los cazadores de ponderar los méritos de sus perros, de exaltar sus habilidades; es una manera indirecta de dirigirse elogios á sí mismos.

Sin embargo, es innegable que así como hay hombres de chispa y necios, personas de talento y nulidades, también se encuentran perros llenos de inteligencia é imbéciles, perros bien dotados é incapaces, hasta genios y originales. La variedad que se encuentra en sus cualidades físicas é intelectuales, en su carácter y en su tempe-

ramento, no cede en nada á la que se descubre en la especie humana.

En la primavera de 1871 vi en Londres, en un circo, un perro que desempeñaba con tal perfección el papel de *clown*, que no podría negársele la noción del *humour*, el sentido cómico.

Puede afirmarse, sin forzar la verdad, que el perro, durante su domesticidad, que se remonta á los tiempos prehistóricos, se ha penetrado de las cualidades y los vicios de su señor. Se ha alterado y cambiado su organización primitiva y natural, de igual manera que su aspecto exterior se ha modificado y transformado.

El perro se ha hecho más enfermizo, más nervioso. Su longevidad ha disminuido; pero también se ha vuelto más inteligente, más impresionable. Ha adquirido la facultad de combinar; su horizonte intelectual se ha ensanchado.

La envidia, los celos, y la amistad,

el valor sin límites, la fidelidad hasta el sacrificio, y la sumisión servil, y la inconstancia, el rencor y la bondad de corazón, la astucia y la rectitud, todas estas cualidades y todos estos vicios son inherentes al perro transformado por la civilización; este animal, más que el caballo, tiene derecho á ser proclamado «la más noble conquista del hombre».

Pero basta de filosofar; pasemos á los hechos.

Como todo «furibundo» cazador, he tenido muchos perros, malos, buenos y excelentes. Una vez tuve uno loco de remate. Puso fin á sus días saltando por un ventanillo al secadero de una fábrica de papel, desde la altura de un piso cuarto. Pero el mejor de todos los perros que he poseído era un macho de pelo negro, largo, con manchas de color de fuego. Respondía al nombre de *Pegaso*. Lo compré en los alrededores de Carlsruhe, á un guarda de

coto de caza, por 120 florines. Muchas veces me han ofrecido por él 1.000 francos.

Pegaso era un gran perro de pelo onduloso y con cambiantes como el *moaré*; tenía la cabeza fuerte y de notable belleza, grandes ojos pardos, una fisonomía altiva y muy inteligente.

No era de raza completamente pura; indicaba ser una mezcla del *setter* inglés con el perro de pastor alemán; tenía gruesa la cola, las patas delanteras demasiado carnosas, y las de atrás un poco delgadas.

Era de rara fuerza, y le gustaba el combate; tenía sobre su conciencia más de un alma canina, sin hablar de los gatos.

Empezaré por decir cuáles eran sus defectos en la caza. No son numerosos, y no serán largos de enumerar; temía

el calor, y si no había agua cerca, caía en ese estado de enervamiento que todos los cazadores conocen.

Su parada asombraba á todo el mundo; nunca, en toda su vida, había *mentido*.

«Si Pegaso está de parada, hay caza,» esto había llegado á ser un axioma entre mis compañeros de cacería.

Jamás corrió liebres, ni zorros; pero, como no había recibido una buena educación á la inglesa, con todas las reglas del arte, lanzábase á recoger la pieza en seguida del disparo, sin aguardar la voz de mando, lo cual es grave defecto.

Conocía si el ave estaba herida por su vuelo; y cuando al seguirla con la vista iba en su busca levantando de un modo particular la cabeza, podía estarse tranquilo de que la traería.

Cuando gozaba de la plenitud de sus fuerzas corpóreas é intelectuales,

no se le escapaba ni un pájaro herido. Era un admirable *retriever*; no se puede imaginar otro mejor.

Es imposible contar todos los faisanes que trajo, aunque estuviesen cuidadosamente ocultos entre las breñas espinosas que llenan los bosques alemanes; ni cuántas perdices recogió á más de medio kilómetro del sitio donde cayeron; ni el sinnúmero de liebres, corzos y zorros que cogió.

A menudo se le ponía sobre la pista dos, tres ó cuatro horas después de ser herido el animal. Para ponerse en camino, sólo tenía que decirle, hasta sin levantar la voz: «¡Busca, perdido!» Después de galopar primero á un lado y luego al otro, daba con la pista, corría con todas sus fuerzas en dirección á la pieza... y uno ó dos minutos más tarde, la liebre ó la ardilla chillaban entre sus caninos, ó galopaba ya hacia mí trayendo su presa.

Un día, en una batida de liebres,

mi Pegaso se distinguió por un hecho tan maravilloso, que no me atrevería á contarle si no pudiese invocar el testimonio de diez espectadores de aquella escena.

Estaba terminada la batida; todos los cazadores se habían reunido en el lindero del bosque.

—Aquí, en este sitio, he herido á una liebre—me dijo uno de mis compañeros de caza, rogándome, como de costumbre, que pusiera en la pista á mi Pegaso.

Debo decir que en aquellas batidas habíanse excluido todos los perros excepto el mío, á quien se había dado el sobrenombre de «el ilustre Pegaso». En esas ocasiones, los perros son un obstáculo; están inquietos y molestan á sus dueños, al paso que sus movimientos ponen en fuga á la caza. Los ojeadores tienen siempre sus perros en trailla.

Pero, tan pronto como empezaba la

batida y los primeros gritos de las piezas de caza llenaban los aires, transformábase Pegaso en estatua. Clavaba atentas miradas en las malezas, alzando y bajando insensiblemente las orejas, conteniendo el resuello; aunque pasase la caza por delante de sus narices, no manifestaba su emoción más que con un leve estremecimiento que hacía retemblar la piel de las costillas, ó relamiase el hocico. Un día, aturdida una liebre, se le metió entre las patas, así como suena; Pegaso se limitó á hacer como que iba á morderla.

Pero, volvamos á mi relato.

Di á Pegaso la orden: «¡Busca, perdido!» Partió corriendo, y algunos segundos después oímos el grito de la liebre que cogía; en el mismo momento pudimos distinguir en el bosque el elegante contorno de mi perro que venía dando saltos en derechura hacia mí. Nunca entregaba á otro su presa.

De pronto, á veinte pasos de mí, se detiene, deja en tierra la liebre que traía y vuelve atrás á galope.

Todos nos miramos con extrañeza.

—¿Qué quiere decir eso?—me preguntaron á coro mis compañeros de caza.—¿Por qué no le ha traído á V. Pegaso la liebre? ¡Jamás ha hecho eso!

No sabía yo qué contestar; yo mismo no comprendía nada.

Cuando de repente oímos en el bosque otro chillido de liebre, y reapareció Pegaso con uno de esos animales en la boca.

Salvas de aplausos generales y muy nutridas acogieron su regreso, para felicitarle por la hazaña.

Es preciso ser cazador para apreciar qué maravillosa finura de olfato, qué inteligencia, qué facultad de combinación necesitó ese perro para poder husmear,—teniendo en las fauces una liebre aún caliente, cuando corría con toda velocidad, y hallándose

á veinte pasos de su amo,—para poder husmear, digo, una nueva liebre herida y comprender que ese olor provenía de otro animal y no del que tenía entre los colmillos.

Una vez se lo puso á Pegaso en la pista de un corzo herido. La cacería era en las orillas del Rhin. Corrió á una margen, se fué á la derecha, después á la izquierda; por último, habiendo reflexionado que el corzo, aunque sin dejar huellas, no podía haber desaparecido, se arrojó al agua, pasó á nado uno de los brazos del Rhin—en el gran ducado de Baden el Rhin tiene varios brazos,—y lanzándose á una isleta cubierta de mimbres, encontró el corzo y lo trajo.

Aún recuerdo una cacería de invierno en las alturas de la Selva Negra.

Una espesa capa de nieve se extendía por todas partes; los árboles estaban blancos de escarcha; y una densa

niebla llenaba el aire y velaba los contornos de los objetos.

Mi compañero se echó á la cara la escopeta; y cuando le alcancé después de la batida, me dijo que había tirado á un zorro y que el animal debía de estar herido, porque le había visto menear la cola.

Pusimos en la pista á Pegaso, y desapareció al punto entre las blancas tinieblas que nos rodeaban. Pasaron cinco minutos... diez minutos... un cuarto de hora... y mi perro no volvía. No podíamos dudar de ello: el zorro estaba herido. Cuando la pieza de caza no estaba herida, Pegaso volvía inmediatamente de la inútil carrera que se le hacía dar.

Al cabo; oímos á lo lejos un ladrido sordo; hubiérase dicho que el sonido llegaba hasta nosotros desde los confines de otro mundo.

Nos pusimos en marcha en seguida con dirección á ese ruido. Sabíamos

que cuando Pegaso no podía recoger su presa, se quedaba apostado ladrando delante de ella.

Anduvimos guiados por los gritos raros é interrumpidos de la voz de bajo profundo de mi perro. Seguíamos avanzando, como en un sueño, sin ver dónde poníamos los pies. Ahora salvábamos montecillos, ahora caíamos en quebradas; nos metíamos hasta las rodillas en la nieve, entre una bruma húmeda y fría; caían sobre nosotros agujas de hielo desde los árboles que acabábamos de menear.

Era aquello una carrera como las descritas en los cuentos de hadas. Cada uno de nosotros veíamos á nuestro compañero como un fantasma enteramente blanco, y todas las cosas que nos rodeaban tenían un aire de transparencia.

Por fin descubrimos una cosa negra en el fondo de un barranco estrecho: era Pegaso.

Estaba agachado, con el hocico bajo y aire mustio; y delante de sus narices, en un agujero prieto entre dos peñascos de granito, yacía muerto el zorro. Se había sepultado en aquella yacija para morir allí. Pegaso no podía alcanzarlo, y por eso nos llamaba con sus ladridos.

En otra cacería, Pegaso fué herido por un zorro. De resultas habíale quedado una cicatriz honda y no cerrada, debajo de un ojo. Encontró viva aquella alimaña seis horas después de ser herida; y el perro tuvo que sostener con ella una lucha á muerte.

Aún recuerdo otra aventura.

Había sido invitado á ir de caza á Offenburg, pequeña aldea no lejos de Baden. Aquel coto pertenecía á una sociedad de *sportmen* de París. Abundaba la caza, sobre todo los faisanes.

Ya se adivinará que llevé conmigo mi perro Pegaso. Eramos, en total,

quince cazadores. Varios llevaban admirables perros, la mayor parte ingleses de pura raza.

De batida en batida, avanzábamos en línea recta á lo largo del bosque; á la izquierda se extendía un gran campo raso; en medio, á quinientos pasos de nosotros, alzabase un montón de cotufas.

De pronto levantó la cabeza mi Pegaso, olisqueó algo en el aire, y con paso resuelto se fué en derechura hacia una porción de ramas secas, amontonadas y desparramadas.

Me detuve é invité á los cazadores á seguir á mi perro, pues tenía la seguridad de que había descubierto algún indicio. Los otros perros rodearon á Pegaso, husmeando el suelo, volviéndose, mirando acá y acullá; pero no presentían nada, al paso que mi perro iba siempre de frente, sin cuidarse de ellos.

—Preciso es creer que hay alguna

liebre oculta en ese campo—me dijo uno de los cazadores.

Pero, por la facha y ademanes de Pegaso, veía yo que no se trataba de una liebre; y por segunda vez invité á los cazadores á que le siguieran.

—Nuestros perros no olfatean nada—gritaron todos á una;—estamos seguros de que el de V. se engaña.

¡Aquellos parisienses no conocían aún á mi Pegaso!

No dije nada. Cargué la escopeta y seguí á Pegaso.

De vez en cuando me miraba éste por encima del hombro. Por fin llegó al montón de cotufas. Mis compañeros de caza paráronse y me siguieron con la vista.

—¡Bueno, Pegaso!—decía *in petto* para mí.—¡Qué triste figura vamos á hacer si volvemos de vacío!

Pero, en el mismo instante, lo menos diez faisanes alzaron el vuelo en el aire con un ruido ensordecedor; y,

con gran satisfacción mía, maté dos de ellos. Ocurríame esto raras veces, porque no soy buen tirador.

—¡Bueno, señores parisienses, ahí tienen para sus perros de pura sangre!

Los alcancé, con los faisanes en la mano. Por todas partes llovieron felicitaciones para Pegaso y para mí.

Yo estaba seguramente contentísimo, y lo manifestaba sin rebozo; mientras que Pegaso no tenía prosopepeya ninguna, y ni siquiera reputaba como un mérito su modestia.

Puedo afirmar, sin exageración, que Pegaso olía las perdices á cien y hasta doscientos pasos. A pesar de su venteo, un poco perezoso, era pasmosa su manera de despistar la caza; conducíase en ello como un verdadero estratega.

Nunca bajaba la cabeza, nunca se ponía á rastrear hurgando vergonzosamente el terreno con la nariz y resoplándolo; se dejaba guiar siempre

por su olfato superior; cazaba *con gran estilo, de gran manera*, como dicen en Francia.

No tenía que acompañarle; bastábame seguirle con la vista.

Mucho me gustaba cazar con personas que no conociesen aún á Pegaso. A la media hora no se oían por todas partes sino exclamaciones de:

—¡Vaya un perro!

—¡Pero si eso es un profesor!

Me comprendía á media palabra, bastaba con una mirada. Tenía un tesoro de inteligencia.

Habiéndoseme extraviado un día en Carlsruhe, donde pasaba yo el invierno, vino por sí mismo á buscarme, á las cuatro horas, á mi antigua habitación de Baden-Baden. Pero esto no es nada todavía. El siguiente relato mostrará qué cabeza tenía mi Pegaso.

En los alrededores de Baden-Baden,

se advirtió un día la presencia de un perro rabioso, que había mordido á alguien. Inmediatamente, la policía dispuso que todos los perros, sin excepción, llevasen bozal.

En Alemania tales órdenes se cumplen con rigor. ¡Y hete aquí con bozal á mi pobre Pegaso!

Esto le fué desagradable hasta más no poder, y no cesaba de quejarse. Sentábase delante de mí, ladraba y me tendía su mano... Pero yo no podía remediarlo, era preciso someterse.

Un día, la patrona de mi casa vino á decirme que la víspera, habiendo quedado libre Pegaso del bozal por algunos instantes, aprovechó esa moratoria para sepultar en tierra el instrumento de su martirio.

Yo no quería creerlo.

Pero, algunos minutos después, la buena señora se llegó de nuevo á mí, diciéndome en voz baja que la siguiese.

Salgo á la puerta exterior, ¿y qué veo?

Pegaso, con el bozal entre los dientes, atravesaba el patio escondiéndose. Parecía *andar de puntillas*; entró en un cobertizo y se puso en un rincón á arañar la tierra; cuando hubo hecho un gran agujero, metió el bozal en él y lo cubrió de arena.

Sin duda pensaba verse libre de él para siempre de esa manera.

Como casi todos los perros, tenía malquerencia á los mendigos y á los hombres mal vestidos. Nunca tocaba á una mujer ni á un niño. Pero sobre todo, no permitía que sacasen de la casa ninguna cosa, sea la que fuere. La vista de un lío en la mano ó al hombro excitaba sus sospechas, y entonces, ¡infelices los pantalones del sospechoso, y también infeliz de mi bolsa!

A causa de él he pagado hartos florines.

Un día oigo gritos de angustia en mi jardinillo. Salgo, y veo detrás de la puerta baja un hombre pobremente vestido, que había perdido la talega y con ella una tajada de carne. Delante de la puerta estaba Pegaso con actitud victoriosa.

El hombre se quejaba amargamente de mi perro. Pero unos albañiles que trabajaban al otro lado de la calle me dijeron, con grandes risotadas, que aquel hombre había cogido una manzana en el jardín, y que sólo entonces se abalanzó Pegaso contra él.

En verdad, tenía un carácter arisco y duro; pero se aficionó á mí, hasta el punto de hacerse afectuoso.

La madre de Pegaso fué en sus tiempos una celebridad. También era áspera de genio, y no se dejaba acariciar ni aun por su amo. Sus hermanos y hermanas estaban todos dotados de habilidades. Pero de toda su numerosa

posteridad, ni uno solo de sus descendientes se le podía comparar.

En 1870 aún era excelente, si bien se fatigaba con excesiva prontitud. En 1871 cambió de pronto.

Creo que enfermó de reblandecimiento cerebral. Le abandonó la inteligencia antes de tener edad para ello, pues apenas contaba nueve años.

Fué inmensa pesadumbre para mí ver volverse idiota aquel perro asombroso. En la caza lanzábase fuera de propósito en persecución de la pieza; corría siempre adelante, en línea recta, con la cola y la cabeza bajas. A veces se detenía y me miraba con insistencia, pero con ojos estúpidos, como si quisiera preguntarme: «Pero ¿qué me ha sucedido?»

Sic transit gloria mundi!

Lo conservé mucho tiempo aún en mi poder; pero ya no era el mismo Pegaso, sino una lastimosa ruina.

Me despedí de él, no sin dolor, en su trance fatal.

—¡Adiós—pensé—mi perro incomparable! ¡Nunca te olvidaré! ¡Jamás encontraré un amigo como tú!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 NOR. TERC. MEXICO

IVAN SUKHIKH

LA impresión de armonía patriarcal que la casa de los Teleguín despierta en mí, vióse turbada una vez por un suceso que voy á contar. Fué durante mi última estancia en la casa; ya era estudiante yo por entonces.

Había entre la servidumbre un tal Iván, apodado Sukhikh. Era un hombre chiquito, de vivos movimientos, nariz carta, cabello crespo, ojos de ratón, rostro siempre animado, con facciones infantiles, mucho más jóvenes que su edad. Muy chusco, divertido bufón, tenía además muchas habi-